

Los diferentes modos con que la voluntad se aparta así de Dios constituyen la distinción específica entre los diferentes pecados. Pero la raíz de todo pecado, la fuente del peor veneno, es siempre el orgullo, que aleja de la voluntad de Dios.

Abstracción hecha del orgullo puramente intelectual, hay que distinguir, en consecuencia, dos cosas en todo pecado. Primeramente el apartamiento de Dios por efecto de la desobediencia y del orgullo, y luego la inclinación á un objeto prohibido. Este elemento sólo constituye el segundo lugar en el pecado, por más que sea él el que desde luego nos llama la atención. Esto es lo que lo constituye en una gravedad y en una especie particulares. <sup>(1)</sup>

El orgullo es, pues, la base del pecado. La avaricia, la satisfacción de cierta pasión y el placer sensible no hacen más que completarla. <sup>(2)</sup>

Vese, pues, ya que los principios relativos al orgullo y á la humildad no son invenciones buenas solamente para niños y mujeres, destinadas á atormentarlos con futilidades y mezquindades inútiles y á hacerles perder el tiempo, sino antes bien trátase aquí de la salvación y de algo que es la condición preliminar indispensable para realizar nuestra empresa sobrenatural y alcanzar nuestro fin.

No hay que creer que el orgullo sea simplemente una debilidad que se manifiesta á veces por modo feo y poco edificante, sino que es el primer pecado cometido en el camino del alejamiento de Dios, el último obstáculo en la vía que conduce á Él. <sup>(3)</sup>

Inútil cometer exageraciones sobre este punto. No decimos que todo pecado tenga lugar por el orgullo, ó que todo pecado es de orgullo; <sup>(4)</sup> pero sí afirmamos que en todo pecado hay orgullo, ó en otros términos, que el orgullo

(1) Thomas, 1, 2, q. 72 y 73; 2, 2, q. 162, a. 5, 6.

(2) Iulian. Tolet., *Anticeimenon*, 1, 115.

(3) Augustin., *In Ps.* 18, 1, 14. Hildebert. Caenom., *Ep.* 31. (Bernard.,) *De ordine vitae*, 9, 27.

(4) Augustin., *Nat. et gr.*, 29, 33. Thomas, 2, 2, q. 162, a. 2.

tiene parte en todo pecado. <sup>(1)</sup> Es el primero de todos los pecados, <sup>(2)</sup> el principio, <sup>(3)</sup> la causa, <sup>(4)</sup> la fuente, <sup>(5)</sup> la raíz de todo mal. <sup>(6)</sup> Es la levadura que contamina el bien y continúa produciendo sus efectos por la fermentación. <sup>(7)</sup> Es el mayor, por no decir el único, obstáculo que impide adherirse á Dios y someterse á Él. <sup>(8)</sup> Aléjase uno de Dios en el mismo grado que es orgulloso. <sup>(9)</sup>

**5. El espíritu mundano es espíritu de orgullo.**— Con esto hemos respondido á la cuestión de saber por qué el mundo es tan extraño á Dios, y por qué su espíritu es tan hostil al Espíritu de Dios.

¿Qué es el espíritu del mundo sino el espíritu de orgullo? Sin duda que al mundo le extrañará este lenguaje. Pero ¿acaso dice él algo diferente? ¿Dónde hallar un hombre de mundo, un filósofo, que conceda á la humildad una palabra de aprobación y de tolerancia? No sólo no la recomiendan, sino que dicen que no es una virtud, y aun que está en contradicción con la razón; <sup>(10)</sup> que si se quisiese practicarla seriamente, veríase muy pronto que es completamente irrealizable, porque el desprecio ó la burla serían la consecuencia inevitable de semejante tentativa. <sup>(11)</sup>

Por lo contrario, no se avergüenzan de constituirse en campeones del orgullo. «Sólo los insensatos—llegan á decir—se atreven á vituperarlo, pero sin razón alguna. Sin duda que hay un orgullo excesivo que acaba por ser desagradable; pero el orgullo contenido en justos límites es útil y recomendable. Sin duda que la decencia exige cierta humildad, pero á condición de que sea únicamente

(1) Augustin., *Lib. arb.*, 3, 10, 29; *Ps.* 57, 18.

(2) Augustin., *Musica*, 6, 13, 40.

(3) Augustin., *Peccat. merit.*, 2, 17, 27.

(4) Augustin., *In Ioan. tr.*, 25, 15, 16.

(5) Gregor. Magn., *Mor.*, 33, 4; 34, 47.

(6) Augustin., *Epist. Parmen.*, 3, 2, 5.

(7) Augustin., *Trinit.*, 13, 17, 22.

(8) Augustin., *Ps.* 93, 16; *Ps.* 137, 11; Gregor. Magn., *Mor.*, 18, 59. Raban., *In Eccli.*, l. 3, c. 3 (Migne, 109, 828 y sig.).

(9) Augustin., *Spir. et lit.*, 13, 22.

(10) Spinoza, *Ethica* 4, *prop.* 53.

(11) Rückert, *Kulturgeschichte des deutschen Volkes.*, II, 294.



externa, y se refiera tan sólo á las relaciones sociales. El orgullo bien oculto en lo interior, y que no se manifiesta por modo mortificante, es parte necesaria y aun esencial del carácter. Un hombre de honor no puede prescindir de él, si quiere ser apreciado por el mundo». <sup>(1)</sup>

Ahora bien, ¿quién se atreverá á negar que toda la vida y toda la conducta del mundo son realización de estos funestos principios? ¿Quién, pues, no se siente roído y emponzoñado por el orgullo? Ciertamente que se procura prevenir sus groseras manifestaciones hacia lo exterior, á fin de que uno no caiga en el ridículo, ó no se haga imposible en la sociedad. Pero ¿quién que conozca al hombre se engañará sobre esto? En verdad que es difícil mantener relaciones con el mundo, y no formular sobre él un juicio durísimo, y no sonreír á causa de las pantominas que hace para satisfacer su orgullo sin que lo adviertan.

He aquí todavía otra razón por la cual los nobles corazones no se complacen en vivir en el mundo, ni quieren exponerse á la tentación de faltar á la caridad. Sócrates descubrió un día el orgullo de Antístenes á través de los agujeros de su vestido. <sup>(2)</sup> Tal era el grosero orgullo de los cínicos, los cuales necesitaban hábitos destrozados para distinguirse en el mundo. Hoy, de tal modo se ha refinado, que atraviesa los tejidos más finos y los tocados más elegantes.

Bajo la influencia de este espíritu, todo el carácter, lo mismo que el modo de hablar y obrar de la humanidad moderna, se han cambiado en algo de malsano.

Nos horrorizamos y experimentamos un sentimiento extraño al leer en las obras de la Edad Media el poco cuidado que se tomaban entonces para ocultar sus internos defectos. No que nuestros padres fuesen peores que nosotros, sino que, si nos sentimos tentados á juzgarlos así, es porque pisoteaban nuestro primer principio de vida.

La educación que recibimos desde la infancia nos ense-

(1) Hume, apud Vorländer, *Geschichte der philos. Moral*, 479.

(2) Diogen. Laert., 2, 36.

ña, no á corregirnos de nuestros defectos, sino á ocultarlos, no á purificar nuestras secretas intenciones, sino únicamente á no revelarlas, no á poner en armonía nuestro exterior con nuestro interior, sino á fingir de tal suerte, que nuestra conducta externa oculte los deseos de nuestro corazón. Porque ¿quién se atrevería á manifestarlos abiertamente? ¿Quién no procede de tal modo que, en todos sus actos, no se proponga únicamente lo que conviene á su persona?

Bajo el imperio de esta violencia, todo ha tomado un aspecto artificial: continente, rasgos, relaciones, conversaciones, literatura, estilo.

Y es natural. No podemos hacer ostentación de estas intenciones á la faz del mundo. No estando satisfechos de lo que somos, ni de lo que podemos, aspiramos á salir de nuestra esfera. <sup>(1)</sup> Queremos ser más grandes de lo que somos en realidad. <sup>(2)</sup> Y como no podemos serlo directamente, nos vemos obligados á usar del disimulo. <sup>(3)</sup> Si, en realidad, poseyésemos lo que deseamos mostrar al mundo, procuraríamos enorgullecernos menos. Si no supiésemos antes que nadie cuán vacío es nuestro interior, no procuraríamos esta dilatación y esta rigidez externa. <sup>(4)</sup>

No queremos decir con esto que debemos manifestar sin pudor nuestros defectos. Por el contrario, debemos hacer esfuerzos tales para despojarnos de ellos, que ninguno pueda ya manifestarse en nosotros.

Pero el orgullo invalida precisamente estos esfuerzos, por cuanto descuida lo interior y ornamenta únicamente lo exterior como un sepulcro blanqueado.

**6. Introducción del espíritu mundano en el santuario.**—Así, pues, no es en el mundo donde debemos buscar la humildad, y nadie la busca en él. No decimos que le sea imposible esta virtud. Bien pudiera hallarla y practi-

(1) Thomas, 2, 2, q. 162, a. 1.

(2) Bernard., *Cant. cant.*, 37, 6.

(3) Augustin., *Gen. c. Manich.*, 2, 5, 4; *Ps.* 121, 8; 139, 13.

(4) Augustin., *Ps.* 95, 9.



carla, pero no quiere, antes por lo contrario, huye de ella. Para que pudiera familiarizarse con ella, preciso le sería dejar de ser mundo. Fácil le es intentar hacer creer que lo sabe todo, pero ni tan sólo quiere aparentar que conoce la humildad. Habla de todo, pero no le dedica ni una palabra. <sup>(1)</sup> Se miente á sí mismo al atribuirse la justicia perfecta, pero sólo desprecio siente por la humildad del hombre justo y perfecto. <sup>(2)</sup> Trata de hacer suponer que nada le es imposible, pero, mientras sea lo que es, ni podrá ni querrá reconocer la caridad que edifica sobre la humildad como base, ni el sacrificio de un corazón humilde y arrepentido, ni la sumisión del alma á Dios, ni la idea de asistir á la escuela de Aquél que es dulce y manso de corazón. <sup>(3)</sup>

Así, propiamente hablando, la humildad es una virtud cristiana. ¡Si siquiera se hallase entre los cristianos!

Ahora bien, penetramos aquí precisamente en el campo en que el enemigo ha sembrado más zizaña en el trigo. Con frecuencia esta mala hierba no tiene necesidad de que la siembren, pues el menor soplo de viento esparce su semilla, y luego, como verdadera mala hierba que es, crece por sí sola. Cuanto mejor es el terreno, más profundizan sus raíces. Arrancada millares de veces, vuelve á brotar, aun cuando sólo hayan quedado algunas raicillas en la tierra.

Esta mala hierba es el espíritu del mundo, es decir, el espíritu del orgullo. ¡Oh Dios mío, cuán llenos de esta mala hierba, que no muere nunca, están vuestro jardín, el corazón cristiano y aun la misma Iglesia! ¡Cuántos estragos ha causado el enemigo en vuestro santuario! <sup>(4)</sup> «¡Oh Dios de los ejércitos, vuélvete hacia nosotros, mira desde el cielo, y atiende, y visita esta viña!» <sup>(5)</sup> ¡Ved cómo la ha invadido el espíritu del mundo! «¿Por qué has derribado

(1) Augustin., *Ps.* 32, 2, 18.

(2) Augustin., *C. Julian.*, 4, 3, 17.

(3) Augustin., *Conf.*, 7, 20, 26; 21, 27.

(4) Psalm. LXXIII, 13.

(5) Psalm. LXXIX, 15.

su cerca, y dejas que la vendimien todos los pasajeros?» <sup>(1)</sup> La cerca digo, pero no sólo la del templo, la de la Iglesia, sino también la del santuario, la del santo de los santos, la del sacerdocio y del estado religioso.

¡Por todas partes reina la vanidad! El respeto humano, la busca de alabanzas, de favores y honores, son otras tantas malas hierbas que pululan en el trigo. ¿Qué significan esos aires mundanos, esa conducta mundana? ¿Por qué corren así los servidores de Dios tras de todos los que el mundo adula á causa de su influencia, de su posición, de su dinero, de sus atractivos? ¿Por qué sacrifican el tiempo, sus fuerzas, su vocación, su honor, á los que el mundo considera como sus ídolos? ¿Á qué aspiran esas pobres almas que truecan el libre servicio de Dios por una servidumbre tan baja, y nada conocen sino el éxito momentáneo, la satisfacción de tener razón, la salvaguardia de las apariencias? ¿Qué influencia se ejerce sobre ellos, para que una graciosa sonrisa, una condecoración, un vano título, los desarmen con más rapidez que las amenazas de un Diocleciano? ¿Cómo han podido convertirse los sacerdotes en cortesanos, y los religiosos en gentes mundanas que encontramos en todas partes? ¿En qué escuela de diplomacia y de política han aprendido á ejercer su vocación, de suerte tal que puedan lisonjearse de lo que San Pablo consideraba como imposible, á saber, agradar á los hombres y servir á Cristo? <sup>(2)</sup> ¿Qué luz los ha desvanecido hasta el punto de no poder distinguir ya á un servidor de Dios de un funcionario, de un ayuda de cámara de los grandes, de los ricos, de las damas? ¿Qué malsanas golosinas les han corrompido el gusto, para que no teman profanar el púlpito y el confesonario con insípidas lisonjas? ¿Por qué mendigan sin cesar honores?

Á todas estas preguntas, sólo hay una respuesta: el espíritu del orgullo, el espíritu del mundo ha penetrado también entre nosotros, echando raíces tan profundas, que acep-

(1) Psalm. LXXIX, 13.

(2) Gal., I, 10.



tamos el desprecio del mundo en vez de la humildad. Nosotros mismos no comprendemos nuestra conducta.

¿Acaso sabemos ya lo que es humildad? ¿Sabemos por qué tenemos necesidad de ella? ¿Sabemos de qué puede servirnos? No, no los abemos. De tal modo nos hallamos impregnados del espíritu del mundo, que casi estamos tan distantes de la humildad como el mundo mismo.

De aquí provienen también gran parte de las llagas que sufrimos, y de las cuales nos lamentamos, sin percatarnos de que nosotros mismos nos las hemos abierto, y de que sólo nosotros podemos curárnoslas. Sin duda que es esta una manera de llenar el abismo que separa el reino del mundo del reino de Dios; sólo que la desgracia consiste en que no se le llena atrayendo el mundo á Dios, sino entregando el reino de Dios al mundo.

**7. La humildad es el espíritu de Cristo y del Cristianismo.**—En presencia de tan grave peligro, todos debemos darnos cuenta de que se trata, cuando se habla de humildad, no de una práctica de piedad infantil, sino de la salvación y de la realización del reino de Dios, lo mismo en general que en cada alma individual.

Así como el orgullo es la nota distintiva del reino del mundo, así la humildad es la nota característica del reino de Dios. Si el orgullo es el espíritu del mundo, la humildad es el espíritu de Jesucristo. Separados de Dios por el orgullo, debemos volver á Él por la humildad. <sup>(1)</sup> Porque el reino de Dios descansa en la justicia y en la verdad.

Habiéndose introducido la corrupción por el alejamiento de Dios, debe empezar la salvación por la vuelta á Dios.

Según todas las exigencias de la justicia, la rebelión contra Dios, que constituye la naturaleza del orgullo y la base de todo pecado, no puede invalidarse sino por la sumisión á Él. Ahora bien, en esta sumisión consiste la humildad. <sup>(2)</sup>

(1) Augustin., *Psalm.* 33, 1, 4; *Fid. et symb.*, 4, 6.

(2) Thomas, 2, 2, q. 161, a. 1 ad 5; q. 162, a. 5.

Según las exigencias de la lógica, debe suprimirse la mentira devolviendo á la verdad el honor que se le ha arrebatado. Pero la gran mentira, el origen de toda mentira y de todo pecado, ha sido la presunción personal. Luego el pecado sólo puede ser expulsado por la humildad, porque la humildad es la verdad. <sup>(1)</sup>

Así como el que se deja arrebatarse por el orgullo encuentra indefectiblemente el camino que conduce al pecado y al reino del mundo, así también no hay para el que busca el reino de Dios más que una sola vía segura: la de la humildad.

Esta es la vía que nos ha mostrado, con su palabra y ejemplo, Aquél que se llamaba á sí mismo «el camino, la verdad y la vida». <sup>(2)</sup> «Aprended de mí»,—nos dice.—Ahora bien, ¿qué debemos aprender? ¿Á hacer milagros? ¿Á crear un mundo? No, nada de esto. Debemos aprender á ser humildes de corazón. Esto es todo lo que ha querido enseñarnos. <sup>(3)</sup>

Como el mundo no había hallado ni médico ni medicina para curar su enfermedad, le ha ofrecido Él uno y otra en su persona. El orgullo es un veneno tan corrosivo, que sólo puede ser curado con un antídoto eficazísimo. <sup>(4)</sup> Pues bien, el remedio que Jesucristo nos ha proporcionado es tan enérgico, que no es posible imaginar otro semejante. ¿Cómo el orgullo podría ser curado aún, sino lo hubiera sido por las humillaciones del Hijo de Dios? <sup>(5)</sup>

¿Por qué hizo Jesucristo, bajo este concepto, todo lo que era posible hacer? La humildad resume cuanto hizo por nuestra salvación. <sup>(6)</sup> Entraña la humildad todo lo que enseñó con sus palabras, sus oraciones y su vida entera. <sup>(7)</sup> La humildad es la virtud propia de Jesucristo. <sup>(8)</sup> Con razón dijo el poeta sobre este punto:

(1) *Imit. Christi*, l. 3; III, 4.—(2) *Ioan.*, XIV, 6.

(3) *Matth.*, XI, 29. Augustin., *Sermo* 69, 2; 142, 7.

(4) Augustin., *Sermo* 163, 8; 304, 3.

(5) Augustin., *Agon. christ.*, 11, 12; *In Ioan. tr.* 25, 16.

(6) Augustin., *Sermo* 160, 5; 351, 4.

(7) Augustin., *Ps.* 31 2, 18. *Sermo* 30, 9; 117, 17; *Sancta virg.*, 31, 33. Leo Magn., *Sermo* 37, 2.—(8) Bernard., *Epiphan.*, 1, 7.



«El tierno Salvador Jesucristo era el gran rey de la humildad». <sup>(1)</sup>

Si, pues, nuestra salvación consiste en aceptar el espíritu de Jesucristo y en imitar su ejemplo, no podemos negar que nuestra salvación en Jesús es inherente á la manera como sepamos apropiarnos su humildad. <sup>(2)</sup>

**8. Los dos fundamentos de la vida cristiana son la fe y la humildad.**—Esto no quiere decir que la humildad sea la única virtud que se exige del cristiano, sino que significa solamente que es indispensable siempre y en todas partes, lo mismo para los comienzos de una vida cristiana virtuosa, que para la prosperidad de su desarrollo.

En el edificio espiritual, la humildad es la única base en que se asientan las virtudes con toda seguridad. <sup>(3)</sup> Es la raíz y principio de todo bien, <sup>(4)</sup> la puerta del reino del cielo. <sup>(5)</sup> El progreso en el bien depende del progreso en la humildad, <sup>(6)</sup> y el término de la justicia, la perfección, tiene tanta mayor necesidad de la humildad como base, cuanto que más alta se eleve. <sup>(7)</sup>

En este sentido, puede decirse realmente, como los santos, que la humildad es la justicia perfecta, <sup>(8)</sup> que la humildad es nuestra perfección.

Pero para no exagerar, y para comprender exactamente la importancia de esta virtud, preciso es volver sobre lo que ya hemos dicho.

En la vida del individuo, como en la de la humanidad, es raro que decida la clara convicción de la inteligencia. En la inmensa mayoría de los casos, es la inclinación del corazón, si es que no llega á serlo la impetuosidad de la

(1) *Leben der hl. Elisabeth*, 2483 y sig. (Rieger, 133).

(2) Augustin., *Sermo* 285, 4.

(3) Chrysost., *In Ioan. hom.* 33, 3; Bernard., *Considerat.*, 5, 14, 32.

(4) Gregor., *Evangel.*, 1, 7, 4; Chrysost., *In Matth. hom.* 15, 2.

(5) Ioan. Climac., *Scala*, 25, *Sch.*, 16, *Vitae PP.*, 5, 15, 22.

(6) Basil., *De renunciat. saeculi*, 10, *Vitae PP.*, 5, 15, 77; Smaragdus, *Diadema monach.*, 11.

(7) Augustin., *Sermo* 69, 2.

(8) Bernard., *Ps.* 130, 14; Smaragdus, *Diadema*, 11.

ciega pasión. Pues bien, esto no debe tener lugar en el mundo sobrenatural, ya que en él debe gobernar lo que está destinado á mandar en el hombre: la inteligencia y la voluntad.

Débil auxilio hubiera prestado la Revelación á la humanidad, si no hubiese purificado y esclarecido la inteligencia, y si no hubiese procurado formar la vida cristiana por su mediación. Pues bien, esto es lo que ha hecho al darle la fe por base.

Según la doctrina cristiana, la fe es la base más profunda del edificio espiritual. <sup>(1)</sup> La fe es raíz de toda virtud verdaderamente cristiana, <sup>(2)</sup> el fundamento de toda justicia sobrenatural, <sup>(3)</sup> el principio de la salvación, el punto de partida de la justificación. <sup>(4)</sup>

En otros términos, esto significa que el Cristianismo no quiere abandonar el resultado de sus esfuerzos al ciego juego de las inclinaciones y repugnancias, en una palabra, al corazón, el cual, en la marcha de la vida natural, ejerce el predominio sobre las otras facultades, sino que confía dicho resultado á la inteligencia fortalecida por una luz sobrenatural, por la fe, y que, por esto mismo, está en disposición de ejercer con mucha más seguridad su influencia directora.

Sin embargo, el otro principio que ha poco enunciamos, y según el cual, la humildad debe ser considerada como base de la verdadera justicia, permanece absolutamente verdadero.

Esto se aplica ya á la vida natural, por cuanto el hombre no puede crearse su moral á medida de su capricho, ya que no vive convenientemente, si no vive sometido á la voluntad de Dios. Ahora bien, sólo el hombre humilde cumple la voluntad de Dios, en tanto que el orgulloso no hace más que la suya propia. <sup>(5)</sup> El orgullo hace al hombre in-

(1) Dorotheus, *Doctrina* 14 (Migne, *P. P. gr.*, 88, 1772 y sig.).

(2) Primasius, *In Hebr.*, 3, 14. Eulogius, *Apolog. mart.* (Bibl. P. P. Maxima Lugd., XV, 288, b).

(3) Iulian. Pomer., (Prosper.) *Vita contempl.*, 3, 21.

(4) Conc. Trid., sess. 6, cap. 8.—(5) Augustin., *In Ioan. tr.*, 25, 16.